

Todavía hay otra cuestión referente al libro de texto, y en general á todos los libros de historia, aunque en aquel sean más fáciles los peligros que vamos á indicar: es la cuestión del sistema, tal como se ha planteado y discutido (1) durante mucho tiempo, en la oposición tradicional del llamado *filosófico* ó de *generalización* y el *documental* ó erudito.

El primero tiene gravísimos inconvenientes (sobre todo cuando se le interpreta en el sentido de la antigua *Filosofía de la historia*), por ser muy abonado á los dogmatismos, á perder de vista la realidad y á dar por anticipado conclusiones que son siempre falsas ó se pierden en vagas generalidades que nada dicen ni enseñan. De estos inconvenientes dan testimonio la mayoría de los libros que así se han escrito hasta el día. Hay además la circunstancia de que el alumno, en los primeros años (aun de la segunda enseñanza), se asimila con más dificultad las ideas generales que los hechos; pero que si se le obliga á repetir «consideraciones filosóficas» faltas de base real, se acostumbra pronto á «filosofar en el vacío», como dice el profesor Hauser (2), sin entender lo que dice, ni por qué lo dice. El fondo del libro debe ser, por el contrario, completamente

decir de la *Historia literaria*. ¿Cuándo tendremos aquí un libro tan elocuente, veraz y bien proporcionado (un solo volumen de 814 páginas, en 4.^o) como la popular *Historia de la literatura alemana*, de Scherer?

(1) Un ejemplo curiosísimo y característico de estas discusiones son las que mediaron entre Bello y Lastarria á propósito del modo de escribir la historia de Chile. (V. *Lastarria y su tiempo*, por F. Fuenzalida Grandón.)

(2) Ved su artículo *De l'emploi du sommaire dans l'enseignement de l'Histoire*. (*Bulletin universitaire de l'enseign. secondaire*, 15 Marzo, 1891.)

positivo, documental y monumental; y las apreciaciones de conjunto, los puntos de vista generales, la indicación de relaciones entre pueblos y sucesos, las observaciones sobre los grandes movimientos de la historia que abarcan á veces muchos siglos y que es indispensable poner de relieve, deben ser una consecuencia de la narración y exposición real: las ideas, añade muy bien Hauser, han de mostrarse al alumno «simplemente como la generalización legítima de los hechos».

Tal es, á nuestro entender, la posición lógica que hoy corresponde á ese problema, discutido no hace muchos años con apasionamiento que llevaba á las exageraciones más lamentables.

El libro de clase debe contener hechos y puntos de vista generales (que al fin no son más que hechos también), pero formando aquéllos la base primera. En cuanto á los juicios, y á lo que se llama, con cierta vaguedad, «consideraciones filosóficas» y también «sintéticas», son ya elementos subjetivos que conviene reducir lo más posible.

*
*
*

En la enseñanza universitaria, donde los alumnos pueden y deben conocer y estudiar de un modo directo las fuentes literarias originales, gran parte de los problemas que las *lecturas* suscitan en la segunda enseñanza no tienen cabida. Tampoco la tienen los *manuales* en su forma tradicional, aunque sí en otra distinta, según veremos. Pero, desde luego, corresponde el manejo de las grandes obras doctrinales modernas, bien sean historias completas,

ó monografías: y ya hemos visto que en muchas universidades extranjeras se dan listas escogidas, ora con carácter obligatorio, ora como recomendación especial (1). Creemos, pues, innecesario insistir sobre ello; y en cuanto á la formación, por nuestra parte, de una lista de las obras en que mejor se refleja el estado actual de las investigaciones, lo consideramos inútil, siendo tan fácil encontrarla, cuidadosamente hecha, en el mencionado *Suplemento* de Seignobos, en el capítulo de *Literatura histórica*, redactado por el profesor Allen é inserto en el volumen tantas veces citado de la *Biblioteca pedagógica* de Boston (2) y en el libro de C. K. Adams. Sólo debemos advertir que, ciñéndose casi todas las obras doctrinales—como inspiradas en el concepto antiguo—á la historia política y militar, con más ó menos apéndices sobre la cultura en sus diversos órdenes, conviene que los alumnos manejen obras inspiradas en la tendencia moderna y en las cuales puedan apreciar el cuadro completo de la historia de la civilización. Por esto, al lado de las historias universales y particulares de una nación ó período, escritas al uso corriente, deben colocarse (especialmente allí donde, como en España, la enseñanza superior tiene carácter casi igual á la secundaria) los libros de Hell-

(1) V. gr., en Inglaterra.

(2) Páginas 239 á 323. Comprende: 1.º, Literatura histórica y autoridades, por grupos de asuntos y épocas; 2.º, libros de lectura suplementaria; 3.º, libros de texto para escuelas—todos clasificados por grupos: sociedades primitivas; mitología; religión; historias generales; historias particulares de cada edad y período (Roma, Grecia, Oriente, etc.); ídem de las principales naciones; biografías; autoridades; novelas históricas, poemas y canciones; cuentos útiles para la historia, etc.—Véase también la obra de Bernheim, que contiene abundante bibliografía. En el *Tra-*
tado de Moeller hay indicaciones numerosas y útiles.

wald y sus análogos; por ejemplo, el de Cr. Fr. Kolb (1), que servirían de base para relacionar los estudios sueltos y dar un sentido de unidad y totalidad á la historia humana.

(1) *Culturgeschichte der Menschheit mit besonderer Berücksichtigung von Regierungsform, Politik, Religion, Freiheits- und Wohlstandsentwicklung der Völker*. Leipzig, 1885, dos volúmenes. Para el problema general de la historia de la Civilización, ver Jodl, *Die Culturgeschichte, ihre Entwicklung und ihr Problem*. Halle, 1878.